



DE FRUTOS LITERARIOS.

Semanario de Palma.

DOMINGO 2 DE ABRIL DE 1843.

Historia.

CARLOS II.

(Conclusion del articulo tercero.)

Por estas razones hemos asentado que el único medio que le quedaba á D. Juan, despues de su elevacion, era el que habia deseado con tanto ahinco; gobernar solo y segun su capricho. Y en hecho de verdad, ¿ podia convocar las córtes sin apresurar su caida habiendo engañado al pueblo tan escandalosamente? Habíale prometido arreglar con su inteligencia el despilfarro administrativo que cundiera en España desde largos años, y lejos de cumplirlo no hizo sino acrecer las contribuciones y aumentar el desarreglo de la hacienda. Habíale prometido evitar con el ascendiente de su alcurnia el intolerable abuso que se cometia en la reparticion de los empleos y fijacion de los sueldos, y no contento con no verificarlo, habia duplicado este abuso y derramado las

gracias y los honores sobre sus secuaces, sin consultar su suficiencia ó sus merecimientos: hábale prometido por último sacar á la nacion del abatimiento en que yacia, y volver á nuestras armas el antiguo lustre que tanto se habia empañado; y apenas dió comienzo á su gobierno cuando empezaron á ser mas frecuentes nuestras derrotas.

Semejantes acontecimientos formaban un cuadro sobre manera triste y desconsolador, que no era el mas á propósito para tener contentas á las provincias, y que presentaba á D. Juan enteramente destituido de todas las cualidades con que el mismo se adornaba en otros tiempos. Era pues mas que probable que reunidos los procuradores y viendo en evidencia al que se ostentó gigante y apareció pigmeo, hubieran hecho manifestaciones nada lisonjeras á su privanza; y siendo esto mas que probable ni el Bastardo debia ni podia convocarles.

Este fué el plan de conducta que se trazó S. A., y este el que le sirvió de sosten algunos meses; pero cedió por fin y dejó las dulzuras del mando para morir despechado en un rincón de los dominios que habia mirado antes como suyos, no pudiendo resistir por mas tiempo ni las sátiras de la nobleza ni la indiferencia del monarca, ni los insultos del pueblo. ¡Castigo dignísimo por cierto y carrera comun á muchos tribunos; comenzar aspirando á levantarse sobre los tronos, y acabar arrastrando por el suelo y recogiendo las salivas del populacho!

Terminada de esta manera la vida política del infante, y removidos todos los obstáculos que habia opuesto su ambicion al llamamiento de los procuradores, parecia natural que hubieran sido convocados inmediatamente. No lo fueron sin embargo, y echando una rápida ojeada sobre el estado de la nacion en el período que subsiguió á la crisis que hemos bosquejado, encontraremos las razones que nos esplican tan extraño procedimiento.

Mientras D. Carlos II estuvo en la menor edad habia alentado á los españoles en sus infortunios la esperanza de verlos terminados cuando tomase las riendas del gobierno su monarca. Creían que los males que pesaban sobre ellos eran una consecuencia indispensable de su minoría, y juzgaban que acabada esta se robustecería el trono y observarían las leyes vilipendiadas hasta entonces. Dominados de este pensamiento los abatidos pueblos esperaban con impaciencia suma el momento afortunado en que se declarase al rey mayor de edad, y hacían fervientes votos á los cielos porque aproximase tan suspirado momento. Hízose por último la declaracion al principio de la privanza de don Juan de Austria, y como no correspondieran los resultados á las esperanzas concebidas, atribuyóse el silencio y postracion de la corona á intrigas del infante, y acrecentóse con esta creencia el deseo de su caída. Pero cayó el Bastardo como llevamos dicho, y el pueblo, el generoso pueblo que habia anatematizado á sus embaucadores fijando los ardientes ojos en el trono y aguardando ver brotar de sus escaños el consuelo que habia menester, tuvo que apartarlos al instante y retroceder desesperado á la vista del miserable cuadro que le ofrecia su soberano.

La declaracion que emancipaba á S. M. de la tutela de la regencia y la junta consultiva habia sido un paso inútil: la caída del de Austria un acontecimiento estéril. Por la primera disposicion habia cesado la minoría legal del monarca; pero su minoría intelectual era eterna: por la segunda, se le habian removido al gobierno todos los estorbos, pero no habia quien gobernase.

-20 Esta situación aflictiva bajo todos aspectos, hubiera arrancado en otra época un grito universal para que se juntasen córtes; mas entonces produjo un efecto completamente contrario. La natural debilidad del monarca y las turbulencias que habian arrullado su cuna, lejos de inclinarle á llamar á los procuradores de las ciudades y rodearse de ellos para el mejor gobierno de la nacion, le hacian aborrecer de muerte á toda junta en que se tratara de negocios públicos. Los favoritos que le cercaban á todas horas, le habian dicho que la institucion de las córtes era una institucion sediciosa; y S. M. que creia alaridos del pueblo los sonidos de la trompeta, y voces de muerte los vivas con que le aclamaban, no quiso que le hablaran jamás de un tribunal tan temible y revoltoso (1). Las provincias por otra parte, si bien es verdad que deseaban la reunion de los diputados, tambien lo es que no tenian en Madrid influencia bastante para ver cumplido su deseo: juzgábase á las mas ricas desde muy antiguo como indóciles al yugo real é inclinadas á las revueltas, y se las tenia como á tales, vigilando con escrupuloso cuidado sus mas inocentes demostraciones. Vanamente procuraron desvanecer esta idea los partidarios de las ciudades: el monarca aborrecia mas de cada instante las reuniones populares, y no era natural que las sancionara sino se apelaba á la fuerza para arrancarle su consentimiento.

-27 Ni era posible que cediera de otro modo... Un simple comerciante de Madrid llamado Diaz, habia dirigido en aquella época un memorial al ministerio, presentándole un nuevo método para cobrar los impuestos de la coronada villa, y la tardanza en despacharlo y la enfermedad y muerte casuales del solicitante bastaron para que desbocados diez mil pecheros recorriesen algunos dias las calles de la corte llenando los aires de gritos subversivos é insultando al gobierno con los dicterios de *asesino y emponzoñador*. S. M. que tuvo la desgracia de encontrarse en medio del tumulto, habia visto á aquella desenfrenada muchedumbre y habia temblado en su presencia. Y ¿no era consiguiente que creyese luego que si la peticion de un solo ciudadano habia producido tan terribles resultados, las peticiones de los procuradores producirian una explosion universal?... La convocacion de los reinos á córtes debia ser por otro lado con el objeto de votar las contribuciones, y ¿qué ideas le inculcaban sobre esta materia el arzobispo de Tiro y sus cortesanos? *Tiene el principe soberana autoridad de gravar con impuestos á sus vasallos para guardar su decoro y defenderlos: á este fin pide justamente y el súbdito está obligado á contribuir* (2). No se estrañe pues que dejasen de ser convocados, siendo asi que el temor que dominaba al monarca y el derecho de que se creia revestido, aclaran y aun justifican su conducta.

-30 No obstante todas estas razones, y sin embargo de lo que dijimos en otro lugar respecto á la influencia indirecta que la revolucion de Inglaterra habia ejercido en nuestra patria para que dejasen de ser convocados sus procurado-

(1) El nombre de córtes significa rendido vasallage, y aunque es notorio á todos parece que no lo han entendido asi algunos que con suma ignorancia, sino con igual malicia, quisieron suponer y hacer creible que eran de desdoro para la real soberanía mientras duraban, cuya irregular y temeraria opinion admitida en tiempos pasados, dejó alguna fácil creencia en los presentes, siendo el motivo de esto haber estado sepultados en el olvido.

Cangas Iclan.—Representacion á Felipe V.

(2) Teatro monárquico.

res, existió un acontecimiento ocurrido en aquellos días que se resiste á la esplicacion, y en cuyo examen entramos con desconfianza. Insinuamos á su debido tiempo que invitado nuestro gobierno á tomar parte en las coaliciones que para contrarestar el poder cada dia mayor del rey de Francia, formaban entre sí los monarcas amenazados, mandó Carlos II que se consultase á los teólogos sobre si era lícito aliarse con príncipes hereges.

Fué otra de las veces en que tuvo lugar esta consulta cuando á poco tiempo de haber sido proclamado rey de la Gran Bretaña el príncipe de Orange, solicitó por sí y á nombre de la república de Holanda que unidos á ellos los españoles declarasen la guerra á la nacion vecina. Representaba en aquella época el rey Guillelmo, cabeza natural de aquella liga, los intereses del protestantismo y las doctrinas populares, mientras su antagonista Luis XIV representaba los intereses del catolicismo y los intereses de la monarquía. Esto no obstante, y á pesar de que Santiago II, monarca destronado por la sublevacion de un pueblo y por el voto de unas córtes, pedía á voz en grito que se le reconquistaran su trono y su diadema; la corte de España, católica por escelencia, y enemiga de las nuevas ideas, no tuvo inconveniente en decidirse por sus adversarios. «En la guerra justa de fieles contra fieles, decia el Padre Sobrecasas, consultado por S. M. en este asunto, es lícito valerse de fieras como elefantes y leones para la batalla. Luego tambien será lícito valerse de instrumentos y fieras infieles á Dios...» «Esta alianza, por otra parte, es una renovacion de la que se hizo con Carlos Estuardo: y así como aquella se hizo con el oficio y no con la persona, así ésta se hace con la cabeza, y su cuerpo místico que es el senado, y el parlamento prescindiendo de si esta cabeza es la propia ó la intrusa, y abstrayéndonos de la justicia con que posee la corona el que ahora reina.»

Estos y otros argumentos de igual naturaleza fueron los que dominaron en nuestra corte, y los que inclinaban el ánimo del monarca á favor de los ingleses; empero no eran estos los verdaderos motivos que inducian al gobierno contra la Francia, y que le hacian cometer el desacierto de abandonar las filas de la monarquía para alistarse en las de la reforma. La España, aunque católica como siempre, no era partidaria del *catolicismo* de los franceses: reconocía la primera la omnipotencia pontificia, y proclamaban los segundos la de su *soberano* (1). Esta diferencia que de tan poca importancia parece á primera vista tenia hondamente divididas á las dos naciones. Verdad es que contribuía sobre manera á esta profunda enemistad de ambas potencias la desenfrenada ambicion del rey de Francia; pero tambien lo es que la causa principal de ella eran sus encontradas opiniones sobre el poder del Papa: los partidarios de ambas doctrinas se aborrecian con mas encono que á los cismáticos y hereges. «Los males que con esta guerra, decia un escritor de aquella época, pudiera padecer la iglesia galicana, están recompensados con el bien que le resulta á la iglesia universal; pues hallándose tan justamente ofendida de los dictámenes y procederes de la Francia, se puede probablemente discurrir que con ese *azote* de la alianza se humillará su altivo poder y se hará mas dócil para admitir las resoluciones de la silla apostólica.»

Explicada con estos antecedentes la causa principal que indujo á los españoles á decidirse por la Inglaterra *protestante* en competencia con la Francia *cristianísima*, fáltanos examinar por qué se decidieron en favor de

(1) Véase el artículo primero.

una nacion que habia arrojado á su monarca y proclamado su *soberanía*, en competencia con otra nacion que divinizaba los tronos y les erigia altares.

Aunque en los tiempos de Carlos II. hubo en la Europa toda un movimiento político desconocido hasta aquella época, ocupaban el primer rango en los gabinetes las cuestiones religiosas y sacrificábanse á ellas todas las que reconocian otro origen. Contribuia poderosamente á dar esta preferencia á las cuestiones anunciadas, la circunstancia de haberse presentado los acontecimientos mas ruidosos como cuestiones de *religion*. La lucha del pueblo ingles con su monarca, aquella lucha que terminó con la muerte de Carlos I, y el protectorado de Cromwel habia comenzado por disputas teológicas entre los puritanos, los partidarios de la disciplina de Enrique VIII y los papistas: la *liga* del pueblo frances contra sus legítimos soberanos, aquella liga acaudillada por los Guisas que vió la muerte de dos reyes y que no tuvo fin hasta la declaracion del clero galicano, habia tenido en su principio y conservado en todas sus fases el aspecto religioso: nada se hacia en aquella época en que no dominase la *religion*. Ved aqui otra de las causas porque opinaron nuestros teólogos por la alianza de Guillelmo de Nassau contra la corte de Paris: la guerra que nuestros clérigos deseaban tenia un obgeto religioso por mas que lo hayan negado algunos de ellos, y como las cuestiones de esta naturaleza lo absorbían todo en aquellos tiempos, fué sacrificada á este obgeto la cuestion política, tenida entonces como secundaria.

Pero no fueron estas las solas razones por las que se vió á la España desentenderse enteramente de la sangrienta lucha ocurrida en Inglaterra. Dividida nuestra patria en tres partidos, creia el uno que no era posible que se imitasen entre nosotros las rebeliones de Londres, y ocupábase únicamente de los intereses eclesiásticos. Amante el otro de las antiguas prácticas, y distante tambien de creer que la institucion de nuestras córtes pudiese convertirse en ningun tiempo en tribunal revolucionario, deseaba que se reuniesen los procuradores para arreglar la hacienda, y cuidábase poco de lo demas. Solo el tercero que educado con las doctrinas francesas deseaba robustecer al trono, veia con sobresalto las exigencias populares y las exigencias de la clerecía, y hubiera sido capaz de formar alianza con aquella nacion; mas encontrábase apartado entonces del gobierno, y no pudo tener ningun influjo en sus disposiciones. Si en esta época no fueron convocadas nuestras ciudades fué porque tampoco lograron dominar en la real morada los partidarios de las provincias: ocupábanlo todos los que no se cuidaban sino de los intereses religiosos, y estos aunque mas aficionados á las antiguas leyes que los amigos del rey de Francia, no necesitaban en aquellos dias para hacer mas crecida su influencia los memoriales de los diputados.

Poco tiempo habia trascurrido desde aquel en que se debatiera la cuestion de la alianza, cuando puestos en la arena del combate los partidos encontrados para disputarse el nombramiento del sucesor á la corona, y vencedores en la contienda los adictos á los franceses, se apresuraban á demostrar á sus adversarios la doctrina política que adoptarían. Inútilmente amenazaba el conde de Frigiliana con la destruccion de la monarquía á los que habian prescindido de los reinos para nombrarles soberano: inútilmente les pintaban los parciales de la casa de Austria sublevadas las provincias. Impávida la nueva escuela, alzaba su voz magestuosa en medio de los tumultos que le anunciaban en profecía, y dirigiéndose á sus contrarios, esclamaba: «*Si las provincias ó reinos faltaren á la obediencia de sus naturales señores tomando las armas, con*

pretexto de haberles quebrantado sus libertades, y se viese el principe obligado á desenvainar la espada para reducirlos á su antigua obediencia, mal hará cuando lo consiga en dejarlos con sus privilegios, porque de derecho han decaído de ellos y no tiene el principe obligacion de reintegrarlos (1). Aun sonaban en algunos oídos las terribles amenazas de los austríacos y las graves sentencias de D. Pedro Portocarrero, cuando ya se habian cumplido entrambos vaticinios. Felipe V se habia negado á la convocacion de los procuradores pedida por el marques de Villena, y la coronilla de Aragon habia tomado las armas contra su monarca. *La lid no fué lid, fué una sangrienta carniceria*; pero venció el trono, y á la voz de *mata y quema* en Barcelona, y entre las ruinas de Játiva en Valencia, quedó sepultada la antigua institucion de nuestras córtes, y abolidos de derecho los fueros de las provincias.

Pedro Sabatér.

Teatros.

SIMON BOCANBERGA,

drama en cuatro actos precedido de un prólogo, ejecutado últimamente en Madrid.

POR DON ANTONIO GARCIA GUTIERREZ.

Shakespeare, Lope de Vega y Calderon al levantar sobre sus robustos hombros el derruido monumento de la poesía dramática, traspasaron, es cierto, los límites que la sábia antigüedad habia señalado á las obras destinadas á representarse en el teatro, pero al emanciparse del dominio de las reglas de Aristóteles, no lo hicieron seguramente por un espíritu de contradiccion y rebeldía contra la antigua legislacion dramática; ni tampoco como algunos creen por ignorancia completa de sus preceptos. Mucho menos entró en sus cálculos la idea de contribuir por su parte á una regeneracion social, que se verificaba sin auxilio y por medio de otros resortes que solo la providencia conoce y sabe poner en accion. El fin de aquellos escritores era mucho mas humilde, sin que esto disminuya en nada la grandeza y mérito de los medios que emplearon para conseguirlo: *agradar al pueblo ante quien se habian de representar sus obras*. Hé aqui su divisa y único objeto. Los que les suponen otra intencion mas profunda, no conocen el valor de esta; los que por el contrario encerrados en los preceptos de Aristóteles, y en las obras de los trágicos griegos, consideran como un crimen que el talento de los modernos se doblegase

(1) Teatro monárquico.

á las exigencias de su época, olvidan que sus modelos favoritos no hicieron otra cosa tampoco.

Si el pueblo griego mas refinado en sus gustos, mas adelantado en civilizacion, sensual y materialista, y prefiriendo antes que todo la belleza y regularidad de las formas exteriores, señaló á sus escritores dramáticos una senda estrecha tal vez, pero recta y segura, la sociedad en que escribieran Shakespeare y Calderon mas ruda si se quiere, mas vacilante en sus instituciones, y por lo mismo mas caprichosa é inconstante; espiritualista por educacion y por instinto, y por consiguiente amiga en extremo de lo maravilloso, dejó abierto al arte dramático un camino mas ancho, pero mas incierto y tortuoso. Unos y otros recorrieron con firme planta la senda que el gusto peculiar de cada pueblo les habia marcado, y dejaron en ella eternas señales de su brillante carrera. Porque tal es el privilegio del verdadero genio: poder levantar su vuelo á las mas altas regiones, á pesar de la estrecha sugesion de las reglas; ó quizá á causa de esa misma sugesion, y no perderse tampoco ni vacilar en su vuelo cuando se halla abandonado á la mas absoluta libertad. Los dramáticos modernos supieron aprovecharse de la que con el gusto de su época les concedia, y convertirla en beneficio del arte, enriqueciéndole con nuevas creaciones. No es sin duda la de menos valor el drama histórico conforme lo concibieron y desempeñaron aquellos escritores.

Rotas las unidades de lugar y de tiempo, el molde escénico, por decirlo así, se ensanchó de tal manera que pudo contener en su ámbito toda la grandiosa estension de la epopeya. Con efecto no son otra cosa que un poema épico la mayor parte de los dramas de Shakespeare y de Calderon: *Enrique III*, *Enrique IV*, *el rey Juan* y otros del primero; *el Cisma de Inglaterra*, *el Tejarca de Jerusalem* y *el Principe de Fez* etc. del segundo. Todos ellos abarcan la existencia entera de su héroe, le presentan en accion desde el primer hecho notable de su vida y van ofreciendo sucesivamente á la vista del espectador todos los sucesos de su empresa, hasta conducirla al triunfo de ella ó á una catástrofe inevitable. ¿Qué otra cosa hicieron Homero con Troya, Virgilio con su Eneas, y Lucano con su Pompeyo?

Sentados estos antecedentes vamos á ocuparnos del drama del señor Gu-tierrez; *Simon Bocanegra* pertenece al género de las composiciones de que acabamos de hablar, y por consiguiente mal puede caber en los límites de las reglas clásicas; dentro de las cuales se van reduciendo en parte los dramas modernos de algun tiempo acá. Dado pues el género, no puede juzgársele con arreglo á esa tendencia de reaccion que hemos dicho que se observa en nuestro teatro, y como nosotros admitimos todos los géneros siempre que el acierto del desempeño los purifique, vamos á considerar este drama no conforme á nuestra opinion literaria, sino con arreglo á la que se ha propuesto seguir su autor.

Este ha colocado la accion de su obra en la época turbulenta y dramática de las repúblicas italianas de la edad media, y elegido por héroe á *Simon Bocanegra*, primer Dux de Génova, elevado á esta dignidad en el año 1558. No será pues, fuera de propósito, poner con brevedad á nuestros lectores al corriente de la situacion política de Génova en aquella época, para que puedan apreciar mejor la exactitud y habilidad con que el poeta ha sabido ajustarse á la historia.

Génova dividida en los dos grandes partidos conocidos con el nombre de Güelfos y Gibelinos era teatro de continuas revoluciones y de las sangrientas

luchas de los dos bandos, que iguales en fuerzas, no podían alcanzar una victoria decisiva. Sin embargo los Güelfos ayudados por el poder de Roberto, rey de Nápoles, lograron echar á los Gibelinos de la ciudad, y concedieron á aquel monarca la soberanía temporal de Génova. Los Gibelinos permanecieron muchos años espulsados de la ciudad, pero conservaron el puerto de Saona, desde el cual ejercieron su comercio, armaron navés, incomodaron siempre á sus contrarios, y aun hicieron la guerra á la república de Venecia. Por fin, cansado uno y otro partido de tan larga lucha, se verificó una reconciliacion entre las familias de los Dorias y los Espinolas, cabezas del partido Gibelino, y los Grimaldis y Fiescos, que lo eran de los Güelfos; en su consecuencia los Gibelinos entraron otra vez en la ciudad. Pero el pueblo, á quien la esperiencia de sus desgracias hizo comprender al fin que se habia sacrificado por satisfacer las ambiciones rivales de las dos familias, aprovechó la primera ocasion que se le presentó de poner coto á su poder, y esta fué la causa de la elevacion de *Simon Bocanegra*. Hé aquí como refiere esta elevacion un historiador concienzudo. Henrique Hallan en su obra titulada *La Europa en la edad media*.

« En el año de 1359 el partido Gibelino se hallaba al frente del gobierno cuando la tripulacion de una flota considerable que no habia recibido pagas en mucho tiempo, se insurreccionó con este pretesto. Saona y las poblaciones vecinas tomaron al momento las armas, con la declarada intencion de derribar el poder de la aristocracia, y la misma capital se manifestaba dispuesta á unirse á los insurgentes. Las leyes de Génova habian establecido con el título de *abad del pueblo* un magistrado, especie de tribuno, encargado de proteger al pueblo contra las demasías de la nobleza. El gobierno que entonces existia habia abolido este cargo, y los insurreccionados exigieron como primera condicion su restablecimiento. Les fué acordada esta exigencia y se nombraron para este fin veinte electores.

La lentitud de las operaciones de estos empezaba ya á impacientar al populacho, cuando un artesano cuyo nombre no ha conservado la historia, gritó desde un parage elevado, que él podia indicar el hombre que merecia ser elegido. La multitud para burlarse de él le invitó á que le nombrara, y entonces el desconocido pronunció el nombre de *Simon Bocanegra*, hombre de un nacimiento distinguido (1), apreciado de sus conciudadanos y que se hallaba en aquel momento confundido entre la multitud. En el instante un sin número de voces repiten este nombre, y gritan que Bocanegra debe ser elegido abad, Bocanegra es conducido á la vista del pueblo que pone en sus manos la espada de la justicia, insignia de su dignidad. Pero así que se logró restablecer el silencio, Bocanegra con disimulada modestia dió gracias al pueblo por el honor que le dispensaba, y manifestó que no podia aceptar un cargo que le impedia ejercer su origen noble. Entonces una voz gritó entre la multitud: *sino puede ser abad que sea nuestro señor*. Y este grito se repitió por todos los ángulos de la plaza. Los magistrados temiendo que semejante movimiento tuviese consecuencias mas fatales, rogaron á Bocanegra que cediera al voto del pueblo y aceptase el cargo de abad. Bocanegra entonces dirigiéndose de nuevo al pueblo manifestó con astucia que estaba pronto á admitir al cargo de *abad*, de *señor* u otro cualquiera que se le confiriere.

(1) Otros historiadores hacen á Bocanegra de familia oscura aunque rica, y esta opinion es la que ha seguido el autor del drama.

Entonces las aclamaciones redoblaron y se escucharon varias voces que gritaron: *nombrémosle Dux*. Este último título se acogió con mayor entusiasmo que el primero, y Bocanegra fué conducido al palacio y revestido con la dignidad de primer Dux de Génova.

Este hecho importante es el que ha servido de asunto al prólogo que precede al drama del señor Gutierrez que vamos á analizar.

La accion empieza en el momento crítico en que va á procederse á la eleccion de *abad*. Paolo, personage importante en el que el poeta ha querido representar sin duda el hombre desconocido que abogó el primero en la plaza por Bocanegra, trata de convencer á Pietro marinero de influencia entre los de su clase, á que abandone el partido de Lorencino Buchetto, y abrace con los suyos el partido de Bocanegra á quien le propone para *abad*, manifestándole al mismo tiempo su intencion de nombrarle Dux y librar de este modo á su patria de la tiranía del rey de Nápoles. Para decidirle á su fin, le manifiesta los servicios de Simon, su valor reconocido dice que le espera en Génova de un momento á otro, y halaga su ambicion y su vanidad prometiéndole á él y á los suyos honores y riquezas. Paolo se despide de Pietro que le asegura que puede contar con su apoyo. Decidido este á nombrar á Bocanegra se burla de Lorencino Buchetto á quien encuentra cuando va á reclamar el apoyo de Jacobo Fiesco, cuyo palacio se ve á un lado de la escena y en el que entra Lorencino. Simon aparece poco despues, y mientras su criado va á avisar á Paolo manifiesta en un monólogo que ignora para que le llama Paolo á Génova, y á la vista del palacio de Fiesco recuerda la pasion desgraciada que le unió á Mariana, hija de este orgulloso patricio, y cuya crueldad le separó de ella, sin que haya tenido despues noticia de su suerte. En este momento entra Paolo y en una bellísima escena, perfectamente escrita, le manifiesta el objeto con que le habia llamado á Génova. Simon al principio reusa la dignidad que le ofrecen, pero las razones de Paolo, y mas que nada la esperanza de conseguir por este medio la mano de Mariana, le deciden al fin y entonces Paolo le manifiesta sin rebozo su ambicion y su proyecto de elevarse á la sombra de Bocanegra:

«Si tu sucumbes moriré contigo,
Pero si triunfas, partiré tu suerte.»

Simon acepta estas condiciones, el pueblo con Pietro entra en la escena, Bocanegra se oculta, y aquel y Paolo acaban de persuadir á la multitud que vote por su protegido, y al fin decididos á ello entran en la iglesia que se descubre en el fondo, seguidos de Bocanegra, siempre oculto. Asi que todos han entrado, Fiesco y Lorencino salen del palacio. Fiesco manifiesta desde los primeros versos que Mariana acaba de espirar víctima de su rigor paternal y de la pasion de aquella por Bocanegra. Lorencino le recuerda la promesa que le ha hecho de favorecer su eleccion, y Fiesco se la reirtera rogándole que le dejé solo un instante. Lorencino entra en la iglesia y á poco rato sale de ella Simon y se dirige al palacio; Fiesco vuelve en sí al ruido y los dos enemigos se reconocen; Fiesco se desata en injurias contra Bocanegra que implora con humildad el perdon de sus errores, y pide la mano de Mariana; Fiesco le calla la muerte de esta y le ofrece su perdon, con tal que le entregue una niña, fruto de sus amores con Mariana. Bocanegra le manifiesta con dolor, que confiada á los cuidados de una anciana, esta dejó de existir estan-

do él ausente, y la niña había desaparecido: entonces el viejo inflexible le vuelve la espalda, sin escuchar mas sus ruegos, y Simon en la mayor desesperacion se resuelve á entrar en el palacio para ver á Mariana. Penetra despues de vacilar un momento, y Fiesco que le observa oculto, se goza en el espectáculo cruel que va á ofrecerse á los ojos de Bocanegra. Efectivamente, este encuentra el cadáver de Mariana, y al mismo tiempo que se le oye gritar dentro del palacio, «muerta! muerta!» su nombre resuena en la iglesia en medio de las mayores aclamaciones que celebran su triunfo. El pueblo sale á buscarle por la plaza con hachas encendidas, y Simon sale tambien al mismo tiempo del palacio, en el mas completo delirio: las luces y la multitud que le rodea y le aclama, le aumentan mas y mas, hasta que cae sin sentido en los brazos de Paolo mientras el pueblo vitorea su nombre.

Esta introduccion del drama está llena de movimiento é interés, y el contraste final es altamente dramático de muy buen efecto y ofrece novedad. Hemos hecho con demasiada detencion el análisis del prólogo, porque nos ha parecido el mejor medio de dar á conocer las bellezas que encierra. Quisiéramos hacer lo mismo con los cuatro actos del drama, pero nos falta espacio para ello, por esta razon nos limitaremos á dar una noticia mas breve.

Entre el prólogo y el primer acto pasan 26 años. En este largo espacio de tiempo Bocanegra ha experimentado todos los sinabores del mundo. Su poder combatido aunque siempre victorioso, vacila todavía despues de tantos años, á pesar de su justicia y de su generosidad con los vencidos. La memoria de sus antiguas desgracias no la abandona tampoco en medio del fausto y de su grandeza. En este acto encuentra á su hija que bajo el nombre de Susana Grimaldi, é ignorando tambien que es su nieto, conserva el viejo Fiesco al cual Bocanegra juzga muerto, y no reconoce despues de tantos años. Paolo que sigue siendo el favorito del Dux engañado con el falso nombre de Susana Grimaldi, y creyéndola única poseedora de los inmensos bienes de aquella familia, pide su mano al Dux el cual se la concede al principio, pero se la niega en cuanto descubre que es su hija callándole la razon. El orgulloso favorito resentido de este desaire, y acostumbrado á arrostrar por todo, intenta robarla y asi lo pone por obra; pero el Dux sospecha al momento de él, y le hace dar tormento para que descubra el parage que oculta á Susana: lo averigua por este medio, y la hace conducir á su palacio. Paolo viendo desechos sus planes, procura vengarse y para esto se une á los Güelfos, que dirigidos por Fiesco y Gabriel Adorno, amante de Susana, conspiran contra Bocanegra; introduce secretamente á aquellos dos enemigos del Dux en su palacio, y les proporciona los medios de asesinarle. Fiesco rechaza con nobleza sus proposiciones, pero Adorno en la ceguedad de sus celos y creyendo á Bocanegra amante de Susana acepta el partido. La ocasion se le presenta en breve; y ya tiene levantado el puñal contra el Dux que está rendido del sueño con la mayor confianza, cuando Susana que lo observa, se interpone y le detiene. Simon despierta y reconoce la intencion de Adorno, le declara que es el padre de Susana: y entonces Gabriel arroja el puñal é implora perdon. El Dux se lo concede y en este momento estalla en la plaza la conspiracion de los Güelfos. Bocanegra que no lo ignoraba y que sabe que Adorno conspira con ellos, le dice que puede salir libre y reunirse á los suyos para combatir, pero este movido de tanta generosidad, le ofrece su espada para morir á su lado. Entonces el Dux le promete si sale victorioso la mano de Susana.

Por último, los Güelfos son completamente vencidos, y nada falta ya á la

felicidad del Dux, si la venganza de Paolo durmiese: pero este, inflexible en sus odios, halla medio de introducir un veneno en la copa de ceremonia en que ha de beber Simon, que muere víctima de esta traicion en medio de las fiestas que celebran su victoria y las bodas de Adorno y Susana.

Por esta breve reseña conocerán nuestros lectores que el drama abunda en interés, y en excelentes situaciones, entre las cuales son de notar la ya indicada del final del prólogo, la de la escena novena del acto tercero, y la penúltima del drama, en que el poeta se levanta hasta la sublimidad de la tragedia con el mas brillante éxito. Los caracteres de Simon, de Fiesco y de Paolo están bien trazados, especialmente el de los dos primeros. El estilo como el de todas las obras anteriores del autor, está lleno de pureza y sencillez, y la versificación hace recordar los mejores trozos de Lope de Vega, por su gala, facilidad y hermosura. Pocos habrá que iguallen en estas dotes al señor García Gutierrez, y ninguno seguramente que le aventaje.

Fácil nos sería señalar algunos defectos de que como toda obra humana no está exento el drama de que hablamos. Los mas son producidos por la envidiable facilidad del autor en versificar, y que le hacen desleir demasiado algunas situaciones. En otras se ha fiado en extremo de la penetracion del público, y ha enlazado con una sola palabra sucesos importantes que algunos han creído desatados. Esta falta desaparece en la lectura del drama, donde no se pierde una sílaba, pero existe para el teatro, y mucho mas para los nuestros donde se pierden frases enteras.

El desempeño fué regular y nada mas. La señora Lamadrid ejecutó muy bien su papel. El señor Latorre caracterizó el suyo con la inteligencia, facilidad y medios de ejecucion que posee tan excelente actor, y á los demas debe agradecerseles el esmero que pusieron en llenar segun sus fuerzas los papeles de que estaban encargados.

La escena estuvo servida ya que no con lujo, á lo menos con decoro, lo que no es poco para lo que se acostumbra.

Réstanos decir que el autor fué llamado á la escena; y que nosotros recordamos con placer que el señor Gutierrez fué el primero que mereció en otro caso, al público de Madrid, tan apreciable distincion.

¡ESTABA DE DIOS!

Comedia original en tres actos y en verso ejecutada en Madrid (teatro del Principe).

Por D. Manuel Breton de los Herreros.

Si al título de esta obra le antecediéra una negacion, tendria un nombre exacto. «No estaba de Dios» es el verdadero título de la comedia.

El señor Breton siempre ha tenido la mania de hacer maniáticos á los héroes de sus obras. Asi es que en *Estaba de Dios* hay dos maniáticos, es decir tres; (algunos dicen que cuatro, otros se estienden hasta cinco:) cinco son los personajes principales. Margarita es hermana de Paula: aquella, á costa de su calma, aspira á ser condesa: esta espomando su sosiego, se aferra en no salir de la esfera en que ha nacido. Dados estos principios, ya se ve

que semejantes caracteres salen del orden natural para pasar á ser caricaturas. Paula se halla prendada de un jóven que es sobrino de un título decrepito, á quien nunca ha visto, y por consiguiente está avocado á ser conde. El autor entónces se esmera en pintar con una exageracion de sainete los dolorosos contrastes que se agitan en el pecho de Paula que batalla entre un amor sin límites y la horrible eventualidad de llegar á ser condesa. El lector se reirá sin duda de una compuncion tan excepcional. Al espectador le sucede lo mismo.

Muere el conde viejo viniendo hácia España, donde nadie le conocia, y un mayordomo al cual se desdeñaria de parecerse ningun lacayo, coge todos sus papeles, y se hace él pasar por el verdadero conde. Arrastrada por su inclinacion sistemática entónces Margarita despliega el poder de sus atractivos para cautivarle. Prescindiendo de la exageracion de su capricho, este arranque de coquetería con que trata de bloquear á un conde rico, aunque záfio, no deja de ser verosimil atendiendo á nuestra decepcion humana.

Como el lector se lo habrá figurado, ya se descubre por último la impostura del conde supuesto, y como *no estaba de Dios* que Paula y Margarita hiciesen su gusto, porque contrariaba las eternas leyes de la naturaleza, aquella se casa con el nuevo título á pesar de su repugnancia, y esta al ir á dar la mano al mayordomo se encuentra con que no es conde á pesar de sus deseos.

Por esta breve reseña se conocerá que no es dable concebir un plan mas arbitrario.

El señor Breton, lo mismo en *Estaba de Dios* que en todas sus comedias tiene la bondad de regalar al espectador desde la primera escena el extremo del hilo con que tege la trama de sus obras, y así es que á poco de levantarse el telon, todos adivinamos el desenlace. Por eso la mayor parte de sus comedias carecen de interes. En esta especialmente ni una sola vez se escita la curiosidad. Los resortes son inverosímiles, las situaciones comunes. Si hay en ella alguna moralidad, solo consiste en esas consideraciones á que el señor Breton se abandona en todos los finales, y que por el lugar que ocupan la mayor parte de las veces son superfluas.

Por último la comedia está salpicada de alusiones inciviles contra la grandeza española. El autor con una torpeza inocente ha insultado, tal vez sin intencion, á dos familias que si sus antecesores se levantasen hoy de los sepulcros se complacerian en haberles dado origen. Es menester que el señor Breton se convenza de que esas chungadas que hacen reir, y nunca pensar, son indignas de su talento. Si el señor Breton hubiera atacado á la grandeza como institucion, prescindiendo de nuestro modo de pensar, se hubiera conservado en la altura donde le ha colocado su relevante mérito. Pero llamar *encenques* á algunos grandes de España cuando hay otros mas fornidos que el señor Breton, y cuando todo el que piensa solo mide á los hombres por la estension de la frente, es una vulgaridad que no le hace ninguna honor, lo mismo que el impertinente consejo que se sirve darnos de que para que este defecto desaparezca *es menester que las castas se crucen*.

Lo mismo que la eternidad para las almas, el porvenir guarda un cielo y un infierno para las reputaciones. ¿Qué destino espera á la del Sr. Breton? Unos dicen que el cielo, otros opinan que el infierno. A nosotros nos parece que ambos juicios son inexactos.

Los que piensan que los aplausos de la posteridad glorificarán el nombre

del señor Breton, se fundan en el sin número de chistes que á manos llenas ha derramado en todas sus obras. Hasta cierto punto esta opinion es muy justa. Ningun autor ha manifestado como él esa genuina profusion de gracias que hace tolerables sus producciones mas anatematizadas. Esto sin duda lo tendrán en cuenta al juzgarle las generaciones venideras. Sin embargo sus chistes son como los fuegos fátaos, pues muchas veces proceden de un origen falso. Bajo este aspecto el Sr. Breton está exento de una censura amarga, mas tampoco es digno de una glorificacion absoluta.

Atendiendo á sus faltas capitales, el señor Breton es un pecador reincidente difícil de ser perdonado. Siendo bastante ingenuo para conocer algunos de sus defectos, jamas ha puesto en prensa su ingenio como debiera, para remediarlos en muestra de expiacion. Este abandono mas bien procede de falta de aplicacion que de malicia. Quien haya visto la *Marcela* conoce todo su teatro. Algunos pasos ha dado hácia atras como en la comedia que nos ocupa, pero ninguno hácia adelante. A pesar de todo, el señor Breton es un delincuente tan inofensivo que no hay en España un solo crítico que espie sus derrotas para ayudarle á caer. Al contrario: cuando el público asiste á una produccion tan defectuosa como *Estaba de Dios* ó aplaude, ó se encoge de hombros y esclama: «*cosas suyas!*»

En resúmen nosotros creemos que las sociedades futuras guardan á la reputacion del señor Breton un lugar en las regiones del *limbo*. No se crea por esto que su mérito no nos parece infinitamente superior al de muchos de sus contemporáneos. El señor Breton es uno de los poetas mas justamente populares de España, y al predecirle un lugar en el *limbo*, creemos que á muchos de los demas nos espera un infierno mas atormentador que el que pudieran describir Dante y Milton exaltados por la desesperacion.

Poesía.

EL RETRATO DEL POETA.

A DON FRANCISCO MUNTANER.

La muerte! con la rueda de su carro,
que sordo avanza cual reptil dañino,
quebranta al hombre, fábrica de barro,
como á un tiesto arrojado en el camino.

Y sus restos, herencia del gusano
que en continuo banquete oculto medra,
se transforman en cieno de pantano,
se reducen al polvo de una piedra.

¿Quién entonce en los áridos fragmentos,
que como los de un bruto el sol blanquea,
la armazon reconoce y los cimientos
del noble ser que al mundo señorea?

¿Quién entonces llamára por su nombre
al esqueleto incógnito que pisa?

Tal vez la fama estiende su renombre,
mas los huesos no llevan su divisa.

Y el hombre en su ambicion siglos sin cuento
de existir en la tierra sueña en vano:
inmensa vida abarca el pensamiento,
y el coto del vivir toca la mano.

Grabado un nombre en piedra funeraria
á quien con él se honraba sobrevive;
nombre feliz si escita una plegaria
ó un tributo de lágrimas recibe.

Mas aunque lamentado en su comienzo
pronto enigma será no comprendido,
mientras un nombre igual escrito en lienzo
no esplice como clave su sentido.

Cual palabra será de estraño idioma
en mármóreo catálogo esculpida,
y solo destruccion, muerte y carcoma,
revelára su frase traducida.

Mañana, si hay alguno que la lea,
sonará tan oscura como el eco
de una piedra arrojada que golpea
la losa de sepulcro que está hueco.

Oh! si al cruzar de noche un cementerio
pronunciando los nombres allí espresos
de Ezequiel yo tuviese el alto imperio
para hacer revivir quebrados huesos!

Y hacer pudiera allí de antiguos siglos
por un momento alzarse los varones
y verlos no cual pálidos vestiglos,
sí con su ardiente brío y sus facciones;

Y ver las damas no entre opacas nieblas,
sí radiantes de amor y gallardía,
en medio del silencio y las tinieblas
su hermosura ostentando todavía!

Mas la mente del hombre que imagina
de hechuras fabulosas el contorno,
de insepulto esqueleto no adivina
las facciones que tuvo por adorno.

Cojed un cráneo por su edad luciente
que ceñido hallareis quizá de abrojos,
y decidme si lisa era su frente,
si de negro azabache eran sus ojos:

Si adornaba fantástica cimera
las sienes que acribilla la carcoma,
si las cubria ondosa cabellera
de bucles empapados en aroma;

O si las manos del amor inmundo
arrancarla pudieron á deshora,
mancillando el semblante rubicundo

amarillez de muerte precursora ;
 O si fué el huracan del pensamiento,
 que de la vida apresuró el otoño,
 despojando la sien de su ornamento,
 cual de sus verdes hojas al retoño.

Mas todo lo sabreis si del difunto
 el nombre halla en la piedra vuestro anhelo,
 y si trazado al pié de fiel trasunto
 encontráis otro nombre su gemelo.
 Los trabajos del diestro lapidario,
 escarnece la muerte con su saña ;
 mas el pintor bien puede temerario
 sus pinceles cruzar con la guadaña ;

Que en este portentoso desafío
 la saña de la muerte hace ilusoria,
 él mella á su aguijon el filo impío,
 él roba la mitad de su victoria.

El pueblo de hoy quizás olvida ingrato,
 al amigo que duerme so la yerba ;
 buscará el de mañana su retrato
 que de morir dos veces le preserva.

Y cual si le tuviese allí delante
 gravará en su memoria las fácciones,
 divisa intransmisible del semblante
 que callado preside en los salones.

Mas, habla la mirada de sus ojos
 y de sus labios habla la sonrisa,
 que no es tan mudo, no, cual los despojos,
 que riendo por ventura el hombre pisa.

Dénme, pintor, mas vida tus pinceles,
 que cercena la mía el tiempo apriesa,
 y no me basta, no, que amigos fieles
 mi pobre nombre esculpan en la huesa.

Que fuera allí bien pronto oscuro testo,
 y solo es el retrato comentario,
 que descifra lacónico y modesto
 los viejos cronicones del osario.

Mas ¿ qué vale de un retrato.
 ver la faz risueña ó triste,
 si quizá máscara viste
 su triste ó risueña faz ?
 Gravedad quizá aparenta
 el que nada en las orgías,
 y vela sus alegrías
 de la vergüenza el disfraz.
 Tal vez la mejilla luce
 de colores contrahechos
 y oculta de sus despechos
 las heces el corazón :
 O es su risa pasagera
 el ensayo de un arrullo,

con que el hombre por orgullo
 adormece su pasión.

Ni bastára todavía
 si en el rostro siempre vieres
 de las penas ó placeres
 reflejándose el color ;
 porque hasta los llantos tienen
 mil diferentes sabores,
 ya son esencia de flores
 ya ponzoñoso licor.

¿ Decirme sabreis si dulces
 ó si amargos son los míos ?
 ¿ son como agua de los rios,
 ó como el agua del mar ?

Correr sin duda habeis visto
mis lágrimas sin recato,
y vereis en mi retrato
las huellas de mi pesar.

Mas este nunca llegará
á la gente venidera
si gemido yo no hubiera
al compás de mi laud:
si no ciñeran mis sienes
corona de flores mustias:
si de escuchar mis angustias
no holgase la multitud.

Oh! bien haya el Trovador
porque es música su llanto;
triste ó sublime su canto
roba siempre la atención;
y cautiva y embelesa
aun con su propia agonía
si del harpa la armonía:
eco es fiel del corazón.

Su cántico no arrebatan
del tiempo los torbellinos,
cual las plumas y los trinos
de hechicero ruiseñor.
Bien que de otros siglos sea
ó suene allende los mares,
resuena en nuestros hogares
con dulcísimo rumor.

Y si conserva un retrato
su veraz fisonomía,
dá vida la fantasía
al lienzo que el rostro da.
Y los que nunca le vieron
cuando moraba en el suelo,
como ángel le ven del cielo
que entre ellos cantando está.

Oh bien haya el Trovador!
para él sus alas despacio
mueve el tiempo, y el espacio
sus límites quebrantó.

Eterno huésped revive
con la gente venidera,
que le ve cual se le viera,
y le oye cual se le oyó.

Los pinceles bien conservan
la tersura de la frente
ó el risueño continente
del que naciera feliz,
ó los vestigios del llanto
que corria en triste calma;
si de las llagas del alma

es el rostro cicatriz.
Mas, de una lira añadidle
el melodioso concento;
vereis hasta el pensamiento
bajo la frente rodar,
vereis quizá los transportes
que dieron brillo á sus ojos,
ó vereis un haz de abrojos
su laurel entrelazar.

Vereis del amor la llama,
terrestre ó pura centella,
fulgor de nítida estrella
ó ascua de negro carbon.
Los ensueños de la gloria,
del destierro las tristezas,
los recuerdos de proezas
orgullo de su nación.

Los fantasmas gigantescos
de que la mente se puebla
cuando envueltos con la niebla
les aborta en rudo afán.

Las graciosas ilusiones,
solaz de nuestras miserias,
que al par de ninfas aerias
sin cesar cruzando van.

Así es que te conocemos
cual á un amigo, ó Torcuato,
tu rostro por el retrato

que nos legara un pintor:
mas por tu armónica lira
tu alma ardiente conocemos,
y el funesto amor sabemos
que te inspiró Leonor.

Y tus angustias nos duelen
cual si del mar en la orilla,
y mientras la luna brilla
las vinieses á contar.

Que escucharlas nos placiera
y oír su tierno lamento
confundido con el viento,
y el murmullo de la mar.

Un nombre retiene el mármol,
conserva el lienzo un aspecto,
mas solo será perfecto
si de un arpa vibra el son.
Del cuerpo la muda historia
dan el retrato y el nombre,
solo el poeta da al hombre
la historia del corazón.

TOMAS AGUILÓ: